

ESCRIBIR Y SER

Escribir no es sólo una necesidad y una vocación, exige una estudiosa atención continua, renovada en su diversidad, incansable en sus tentativas, transformante en la identidad del arte con la expresión casi nunca del todo conseguida; exige con el gozo creador los límites del esfuerzo, la vigilancia de la conciencia. El escritor, aceptado este nombre en el rigor de su función trascendente, comprende la diversidad de las inclinaciones, ideas, sentimientos, formación y saber de quien se consagra intensamente a las letras y las abarca y enriquece en la capacidad que no elude las dificultades. El escritor dispone de la eficacia de la palabra como expresión de la realidad que ha visto, sentido, meditado, descubierto, de su lucidez mental, de su interioridad reflexiva. Es un ser libre, en distintos grados de su indagación y del arte. Debemos leerlo, releerlo, apreciarlo en el ámbito propio que sugiere, en lo que incorpora con su obra a nuestra sensibilidad y a nuestro entendimiento, en su validez en la conciencia, en la meditación y en el placer que nos comunica. Llega a ser una parte de nosotros, ya sea en un período de nuestra vida o en nuestra existencia entera. Si aprobamos el relativismo de Protágoras, en que el hombre es la medida de las cosas, cada uno aprecia al escritor en la medida de sí mismo. Vamos cambiando en algunas predilecciones según el alcance individual y el rigor del juicio. Responder a la pregunta acerca de "la responsabilidad de los escritores en el momento actual argentino", equivale también a acentuar "la responsabilidad de los lectores", porque el lector no es un ser pasivo e indiferente; escritor y lector se complementan y forman una dualidad indivisible en la actividad pensante. La influencia del escritor tiene su origen en la excelencia de su arte que está transubstanciada con su persona.

El fin que el verdadero escritor se propone es la obra que crea. No podrá apartarlo de esa creación una conveniencia adventicia. Dedicar su vida, su trabajo incesante y ascendente, la profundización psicológica de su estilo a conseguir con la expresión sensible del idioma tan magno designio. Eso no quiere decir que el escritor permanezca únicamente entregado a lo fundamental de su labor, a su actitud creadora de donde irradian sus sentimientos e ideas, a la educación por el arte que descubre los valores permanentes y transforma íntimamente el hombre llevándole a las normas ejemplares, a la purificación estética; el escritor educa también con su conducta, con su fervor, con su voz y su silencio, con la altitud de su nobleza, con la participación en las opiniones, con su actuación pública o su retiro, con las conferencias, artículos, ensayos, en fin, con cuanto mantiene aguda y ágil la actividad del espíritu, la solidaridad con los elementos luminosos. El poeta, el pensador, el artífice de la palabra, nunca se entregará sin reducirse a un partidismo estrecho que será fatalmente servidumbre, a una orientación ya establecida que anule su reflexión sincera. Los grandes siglos de las letras, del arte y de la actividad científica pura, fueron épocas de libertad, de diversidad de temperamentos y de escuelas, de opiniones y de técnicas esenciales. Los libros de ciencia escritos por investigadores insignes ofrecen hoy a nuestro asombro el espectáculo de la vida, del espacio, la oculta vibración de la materia y del misterio de los seres. El escritor en su ámbito intelectual y filosófico no podrá substraerse a esta poesía visible a quien la indaga, la intuye o la penetra; no puede encerrarse en el antro de pasiones que lo oscurecen y lo apartan de la noción de la verdad universalmente descubierta. Existen muchos aspectos y muchos grados en la finalidad y en la obra de los escritores. Antiguos o modernos nos enseñan a ver, a sentir, a admirar, a confiar en lo bello; nos acercan a la inexhausta fecundidad del pensamiento, a la sabiduría generosa. Necesitamos la consagración feliz, laboriosa y heroica del escritor y del sabio.